

la son desconocidos. Cada dia ora sin interrupcion y con efusion de lágrimas desde la mañana hasta medio dia, y lo que fuera increíble en una virtud menos acendrada, sus oraciones mas ardientes tienen por objeto, no su propia santificacion, sino la felicidad perfecta y la salud del Monarca."

Eran muy capaces de dar peso á su recomendacion las cualidades eminentes del obispo de Tournay. No solo era este uno de los hombres mas sabios y de los mejores escritores de su tiempo, sino tambien un prelado de los mas inteligentes y prudentes. Ya hacia trescientos años que sitiando los normandos á París, habian arruinado la abadía de Santa Genoveva, y así continuaba aun sin reedificarse del todo. Levantó Estévan todo lo mas principal para el uso de la comunidad, construyó la iglesia tal cual se vé en el dia, y en fin, mereció ser reputado como un segundo fundador.

Los gemidos de los buenos á vista de la Reina desgraciada, y las quejas del Rey de Dinamarca su hermano, llegaron á oídos del Sumo Pontífice, quien procedió al punto con mucha viveza, y aun anuló en 3 de Marzo de 1196 la sentencia de divorcio pronunciada en Francia como contraria á los derechos de la santa Sede en las causas mayores (1). Mas con todo, habiendo el Rey Felipe contraído matrimonio por el mes de Junio del mismo año con Inés de Merania, no observamos que fuese molestado mas por el Papa Celestino. Este Pontífice sumamente anciano,

(1) *Apud. Rad. de Die. 681.*

aunque conservaba cabal su razon, no tenia el vigor y la entereza que exigia tal materia, y por otra parte vivió muy poco.

49. No obstante, algun tiempo despues le pidieron se interesase por el obispo de Beauvais Felipe de Dreux, nieto del Rey Luis el Gordo. Este prelado, con costumbres mas propias de un Príncipe del siglo que de un Príncipe de la Iglesia, y mas dado al arte de la guerra que al ministerio pacífico de los altares, fue cogido por los ingleses con las armas en la mano, y le tuvieron mucho tiempo en una penosa prision. Despues de haber escrito muchas veces envano al Papa Celestino, encargó al obispo de Orleans que iba á Roma la entrega de una carta mas expresiva que todas las anteriores. Atreviase á decir entre otras cosas al Sumo Pontífice, que él se hacia cómplice de la violencia británica, si no hacia justicia. Respondióle el Papa, que se quejaba sin razon, que tenia muy merecido lo que sufría por haber olvidado las máximas convenientes á su profesion (1). Sin embargo, escribió al Rey de Inglaterra en favor del obispo prisionero; mas con tono de peticion, absteniéndose de toda frase que indicara autoridad. En respuesta envió Ricardo la cota de malla con que el obispo habia sido hecho prisionero, y mandó decir al Papa: *mirad si es este el vestido de vuestro obispo.* No fue este prelado puesto en libertad hasta el año 1202, el sexto de su prision y el cuarto de la muer-

(1) *Ep. 150.*

te de Celestino III, verificada en 8 de Enero de 1198.

50. Este Pontífice no omitió nada para hacer que le sucediera el cardenal Juan de San Pablo, hasta ofrecer la dimision en favor suyo. Pero aunque este cardenal fuera digno del pontificado por su sabiduría, rigidez, equidad y otras muchas y grandes virtudes, sus colegas, poco dispuestos á escluirse de una dignidad que todos podian esperar, contestaron que no habia egemplar de que un Papa renunciase, y que en todo caso la eleccion de su sucesor debia ser perfectamente libre. Verosímilmente á consecuencia de esta proposicion y de las resultas que temian aun, se apresuraron en el mismo dia de la muerte de Celestino, contra la costumbre establecida, á elegir al cardenal Lotario, de la casa de los condes de Segni, que fue llamado Inocencio III. Su edad era de solos treinta y siete años, y no merecia menos los primeros honores de la gerarquía, así por sus buenas costumbres como por su doctrina. La resistencia sincera que hizo á su eleccion hasta derramar lágrimas y prorumpir en espresiones las menos equívocas de sentimiento, justificó una precipitacion tan poco arreglada al uso acostumbrado.

Inocencio no tan solo llenó las esperanzas que de su eleccion se habian formado, sino que tambien las escedió por la grandeza de sus designios y de sus trabajos, por un vigor y una firmeza que desgraciadamente no siempre se contuvieron dentro de sus justos límites. Si su pontificado debió una parte de su esplendor al concurso de aquellos extraordinarios suce-

sos que sirven para desplegar toda la energia de las almas grandes, halló en sí mismo recursos proporcionados á las necesidades de las circunstancias en que tuvo que vivir. En las révoluciones de Alemania y de las regiones meridionales de la Italia, en la Francia agitada por el matrimonio ilegítimo de Felipe Augusto, en todo el mundo cristiano donde el celo de los cruzados reproducia una fermentacion del todo nueva, halló materia en abundancia en que egercitar todos sus talentos, y no hubo ocasion en que se mostrasen inferiores á su elevado destino.

51. Poco mas de tres meses antes de su exaltacion al pontificado, murió el Emperador Enrique VI en Messina, el 28 de Setiembre de 1197, aborrecido de los sicilianos sus nuevos vasallos por las crueldades que con ellos habia cometido. Todos, hasta su esposa Constantina descendiente de la casa real de Sicilia, tomaron parte en los sentimientos de sus desgraciados compatriotas; y cundió la voz de que ella le habia hecho dar veneno. Tenia un hijo de edad de solos tres años que habia sido coronado ya Rey de romanos en vida de su padre, y por la muerte de este fue al punto coronado Rey de Sicilia. En 8 de Marzo del año siguiente, Felipe, tio de este jóven Príncipe, se hizo elegir á sí mismo inmediatamente por la mayor parte de los señores de Alemania, y despues por los de la Pulla y Sicilia, declarando con todo para dar colorido á su ambicion, que solo pretendia sostener la tutela y los derechos de su sobrino. Mas el resto de los señores alemanes declararon nula

esta eleccion , y eligieron sucesivamente y coronaron en Aquisgran á Otton , duque de Sajonia.

52. Segun era de esperar , Inocencio III no permaneció mudo espectador de estos grandes movimientos. Para prevenirle en su favor la Emperatriz Constantina , le envió ministros de confianza , quienes despues de una larga y penosa negociacion obtuvieron en fin la investidura del reino de Sicilia para ella y para sus hijos. Mas para esto debia renunciar á los privilegios arrancados por los sicilianos al Papa Adriano IV , especialmente en punto de las apelaciones de Sicilia á Roma , y de las legaciones de Roma en Sicilia. Vióse Constantina acometida , poco despues de la conclusion de este tratado , de la enfermedad de que murió. Al hallarse en el último extremo , formó para el jóven Rey su hijo un consejo compuesto del obispo de Troyes , cancelario de Sicilia , y de los tres arzobispos de Palermo , Monreal y Cápua ; y lo que todos estaban muy lejos de pensar , hizo al Papa regente del reino , consignándole mientras la regencia una renta anual de treinta mil de aquellas piezas de de oro que se llamaban tarines.

Impidieron bastante tiempo á Inocencio III todas estas negociaciones y disposiciones el tomar parte en la discordia del imperio , y declararse en favor de la casa de Sajonia contra la de Suabia , „ en la que se cuentan (dijo al fin cuando se decidió) tantos perseguidores de la Iglesia , cuantos Emperadores han salido de ella (1). Fuera suministrar armas sobrado ofensivas

(1) *Innoc. III. pag. 26.*

contra la santa Sede , admitir otra larga serie de Emperadores de esta familia de odioso recuerdo , volver el imperio como hereditario á los descendientes , ya de Enrique V , que detuvo por traicion al Papa Pascual y logró violentamente las investiduras , ya de Federico I que escitó contra el Papa Alejandro aquel horrible é interminable cisma que comprendió á otros muchos , ya de su hijo Enrique VI , muerto escomulgado , y ya de Felipe que esgrime actualmente su espada contra la iglesia romana.” Respecto á Otton de Sajonia , realza por el contrario mucho Inocencio la adhesion de este Príncipe y de sus antepasados á la santa Sede , y en particular la de Lotario II , de donde concluye que era forzoso reconocer á Otton por Rey de romanos , y llamarle á la corona imperial.

53. No pudiéndose prescindir de que Felipe de Suabia habia sido elegido por el mayor número de los Príncipes del imperio , pretendió que su eleccion era nula , porque habia sido escomulgado por el Papa Celestino por haber invadido con mano armada el patrimonio de San Pedro. Con relacion al jóven Federico su sobrino , como era ya Rey de Sicilia , dice el Pontífice : „ puede temerse que reuniendo en su persona el imperio con el reino , niegue algun dia el homenaje que se debe á la iglesia romana. Además , un niño de dos años que aun no está bautizado , se halla en una evidente incapacidad de regir el imperio romano : necesita la Iglesia de un Emperador que la proteja , y la magestad del imperio no permite ser administrada por procurador.” En



fin, el Papa Inocencio se hace juez competente y supremo en las cuestiones políticas del primer orden. „Hace mucho tiempo, dice, que ha debido acudirse á la santa Sede en el presente asunto, á quien pertenece principal y finalmente: principalmente, porque ella transfirió el imperio de oriente á occidente; y finalmente, porque da la corona imperial.” Estendiendo tambien esta pretension á todos los estados en general; „cada Rey, continua, tiene su reino particular; mas Pedro tiene la preeminencia sobre todos los estados como vicario de aquel á quien pertenecen el mundo y todos sus moradores.” Se notan aquí en toda su estension las consecuencias de las máximas introducidas por Gregorio VII: se verán en lo sucesivo las discusiones y desórdenes que renovaron, tanto en la iglesia como en el imperio.

54. No escitó menos la atencion del Papa Inocencio el escándalo que daba en Francia la conducta de Felipe Augusto, respecto á su esposa legítima Isemburga, que las discusiones de Alemania. Muy diverso del Papa Celestino, cuya primera energía en estrechar á este Príncipe se debilitó con asombro, Inocencio emprendió el mismo asunto y le prosiguió con vigor hasta su consumacion. Apenas se halló colocado en la Cátedra de San Pedro, escribió con este fin á Eudes, obispo de París, que tenia, como su predecesor Mauricio, el sobrenombre de Sulli, pero con título muy diferente. Era Eudes hijo de Archambaldo, señor de Sulli, y reunia á la nobleza de esta calidad una pureza de costumbres que prin-

ció á lucir en sus primeros años, una caridad generosa que hacia de todos sus bienes el patrimonio de los pobres, y aquel espíritu de celo que en un obispo va siempre acompañado de la piedad. El Papa, no contento aun con haber puesto en movimiento á este virtuoso prelado, escribió por sí mismo al Rey Felipe para exhortarle á que asegurase el estado de su conciencia.

55. Algun tiempo despues repitió otra carta cuando le envió el legado Pedro de Capua, así para este asunto, como para procurar la paz entre la Inglaterra y la Francia, y promover una nueva cruzada. A su llegada á la capital de Francia supo este legado que todos los años el primer dia de Enero, no obstante la fiesta de la Circuncision, se hacia en la catedral una diversion profana, llamada la fiesta de los locos. Cometíanse en ella mil indecencias y excesos de toda clase, que correspondian enteramente al nombre que tenia. Usó Pedro de Capua de la autoridad de que era depositario para corregir este abuso. Asimismo promulgó el obispo Eudes una ordenanza por la que arreglaba individualmente el ceremonial de este dia; obligó á los canónigos á permanecer con modestia en sus sillas, y señaló las distribuciones que debian cesar si volvian á comenzar los desórdenes. Es de presumir que quedaron reprimidos, mas no fueron olvidados del todo, pues hallamos aun la fiesta de los locos al cabo de doscientos cuarenta años.

Buscó entretanto el legado los medios de recon-

ciliar á los dos Monarcas, y pudo lograr una conferencia en los confines de ambos reinos entre Andeli y Vernon. Numerosa fue la asamblea y las exhortaciones muy vivas sin poderse conseguir el fruto de la paz. No obstante, concluyóse una tregua de cinco años, que apenas se observó por espacio de tres meses, empleados en pedir la confirmacion pontificia.

56. Bastaba la mas leve ocasion para que Ricardo lo alterase todo, y se empeñara en las empresas mas peligrosas. Habiendo hallado un tesoro el vizconde de Limoges su vasallo, le envió aquella parte que creia corresponderle como á su señor feudal. Pretendió Ricardo que el tesoro le pertenecia por entero, y al punto fue á sitiar al vizconde en su castillo de Chateló. Este fue el término de las inquietudes y de la vida de este Príncipe, hombre grande en la guerra, genio superior, Soberano imperioso, vecino inquieto y aliado cuasi insociable. Al reconocer la plaza, recibió un golpe de ballesta, del cual murió el 6 de Enero de 1199, dando muestras poco esperadas de penitencia. Fue tomada la plaza por asalto, y el que le hirió quedó á su discrecion. Mandándole que se acercase á su cama, éste hombre que creia caminar á la muerte, quiso antes hacerse honor despreciando los suplicios mas terribles; principió á echar bravatas, y habló insolentemente al mismo Rey Ricardo (1). Cuasi espirando le dijo éste

(1) Roger. ann. 1199. pag. 790.

con dulzura: „amigo mio, vos me dais la muerte, y yo os concedo la vida para imitar á nuestro Señor que perdonó á sus adversarios.” Quiso que le enteraran en Fontevrault á los pies del Rey su padre, como para darle satisfaccion de la guerra con que le habia hecho tan grande ofensa.

57. No solo tuvo el Rey Ricardo contra sí muchas debilidades y faltas secretas, sino tambien muchos vicios capitales y tan evidentes que no fueron menos conocidos en Francia que en Inglaterra. Foulques de Nevilli, aquel hombre extraordinario que en su tiempo arrastraba á todo el mundo con la vehemencia de sus predicaciones y de sus amonestaciones apostólicas, se dirigió cierto dia á este Príncipe, y con el estilo figurado, que le era familiar, le dijo: „de parte de Dios Todopoderoso os ordeno, que caseis cuanto antes á tres jóvenes perdidas que teneis. Hipócrita, contestó groseramente el Rey, tú has mentido. Tres teneis, replicó Foulques, y de las cuales es preciso que os separeis, no sea que os suceda alguna cosa peor: estas son la soberbia, la avaricia y la lujuria. En horabuena, dijo el Rey, volviéndose con risa maligna hácia sus barones; doy mi soberbia á los templarios, mi avaricia á los monges del Cister, y mi lujuria á los prelados de la corte.” A pesar de todos estos vicios, Ricardo tuvo la felicidad de conservar la fe, que se reanimó en la muerte, y dió buenas esperanzas de su salvacion. No arrastraron tras de sí las flaquezas y los engaños de aquellos tiempos de sencillez, como sucede en un siglo que se cree mas